

DEL LADO DEL LECTOR: LA LECTURA COMO PRÁCTICA Y OBJETO
EN LOS ESTUDIOS LITERARIOS LATINOAMERICANOS.

Carolina Sancholuz
Universidad Nacional de La Plata /
Universidad de Buenos Aires
Argentina
carosancholuz@yahoo.com.ar

En los últimos años y paralelamente al crecimiento sostenido y vertiginoso de las nuevas tecnologías comunicativas, cuyos alcances hasta nuestro presente incluyen la llamada “revolución digital”, es posible advertir un marcado interés sobre el universo de la lectura como práctica sociocultural, especialmente desde disciplinas como la historia de la cultura, la literatura y la bibliotecología, sin soslayar los aportes de las ciencias de la educación, atentos a los vínculos entre lectura y alfabetización. Ante pronósticos sombríos como los señalados por Nelson Schapochnik (2005) y Nora Catelli (2001) sobre la finitud del libro impreso, las investigaciones en torno a la historia de la lectura, la conformación de públicos, la ficcionalización del lector, los trabajos sobre bibliotecas particulares y públicas, gabinetes de lectura, alfabetización y acceso al libro entre otros problemas, han suscitado un fecundo y renovado foco de atención crítica¹. Las perspectivas adoptadas por destacados especialistas —Roger Chartier, Michel de Certeau, Robert Darnton, Carlo Ginzburg, por ejemplo—² han avanzado en el estudio de la conformación de públicos, campos de lectura y lecto-

Susana Zanetti. (2002)
La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina. Rosario: Beatriz Viterbo, 447 páginas.

Juan Poblete. (2003)
Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 293 páginas.

Recibido: 9 de octubre de 2006
Aceptado: 21 de diciembre de 2006

rados, a partir de análisis cuantitativos realizados sobre diversos procesos de alfabetización, niveles de educación, industria editorial y circulación del impreso, inventarios de bibliotecas públicas y privadas. En este sentido sus investigaciones han tomado distancia de la teoría de la recepción de la escuela de Hans Robert Jauss así como de los planteos del lector en el texto de Umberto Eco o de lector implícito de Wolfgang Iser, relegándolos a un segundo plano y me atrevo a afirmar, superándolos, para proporcionar renovados instrumentos teóricos y metodológicos sobre lectura y lectores históricos.

La incidencia de sus enfoques y propuestas entre los especialistas y críticos latinoamericanos se percibe en la actualidad a través de la conformación de importantes focos de investigación en torno a la lectura y su historia en diversos países de América Latina, como asimismo en la creciente producción de libros y ensayos que abordan cuestiones relativas a lectorados, públicos, figuras autoriales. En Brasil se destaca el importante ensayo de Lawrence Hallewell, *O livro no Brasil (sua história)* (1985), como así también los imprescindibles aportes de Flora Süssekind en su libro *O Brasil não é longe daqui: o narrador, a viagem* (1990) y de Marlyse Meyer en *Folhetim. Uma história* (1996). En los últimos años, quien ha llevado a cabo sistemáticas investigaciones en torno a la lectura en Brasil es Márcia Abreu, cuyos estudios indagan el problema de la censura y los censores en la historia de la lectura de su país entre los siglos XVIII y XIX, y que es autora de títulos como *Histórias de cordéis e folhetos* (1999) y *Os caminhos dos livros* (2003), organizadora del volumen colectivo *Leitura, história e história da leitura* (1999), y compiladora junto a Nelson Schapochnik de *Cultura letrada no Brasil. Objetos e práticas* (2005). Este último, autor de una investigación excelente sobre el tema, *Os jardins das delicias: gabinetes literários, bibliotecas e figurações da leitura na Corte imperial* (1999), analiza la práctica de la lectura en las bibliotecas públicas y en los gabinetes literarios, establecimientos que habían alcanzado enorme éxito en Europa, en los cuales, mediante el pago de una suma exigua, se podían leer los diferentes periódicos y libros que el lugar ofrecía.

En México el Seminario de Historia de la Educación de El Colegio de México reunió las preocupaciones por la lectura y el interés por los libros a través de un volumen colectivo dirigido por Pilar Gonzalbo, *Historia de la lectura en México*, editado en 1988 y, más recientemente, el Instituto Mora publicó en el año 2003, bajo la coordinación de Laura Suárez de la Torre, *Constructores*

de un cambio cultural: impresores-editores en la ciudad de México 1830-1855, resultado de una laboriosa investigación en torno a la actividad empresarial, la producción editorial, el proceso de conformación de la cultura nacional, la construcción de lectorados en un período significativo de la ciudad de México, donde la palabra impresa cobró gran auge y la lectura acompañó los distintos espacios de la vida pública de la población. En Chile se destaca la excelente investigación de Bernardo Subercaseaux, autor de la *Historia del libro en Chile (cuerpo y alma)* (1993), quien abrió un camino que más tarde siguió, en parte, Juan Poblete con *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autorales* (2003), ensayo en el cual se ocupa especialmente de la constitución de la literatura nacional chilena en la segunda mitad del siglo XIX, muy vinculada a una moderada pero continua revolución lectora en el país.

En la Argentina resultan insoslayables los trabajos pioneros de Adolfo Prieto, especialmente *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* (1988) y *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina 1820-1850* (1996), estudios que abordan entre otros aspectos la construcción de redes de lectura y modelos de público lector en la Argentina del siglo XIX. Graciela Batticuore explora asimismo el siglo XIX en *La mujer romántica. Lectores, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870* (2005), mediante la recomposición de circuitos de lectura y circulación del impreso, incorporando además interesantes perspectivas de género que iluminan procesos complejos en el pasaje de la mujer lectora a la mujer autora de libros, de la “mujer ilustrada” a la “escritora profesional”. Por su parte Susana Zanetti, en *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina* (2002), si bien parte del problema de la ficcionalización de la lectura especialmente en la novela latinoamericana, plantea asimismo indagar los nexos entre público y literatura, construcción de lectorados, políticas de lectura y circulación de libros en América Latina. Dentro de los estudios de la historia del libro y la edición merece destacarse la rigurosa investigación de Alejandro Parada, *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia. Una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828)* (1998), donde a partir del relevamiento de avisos periodísticos reconstruye un emergente e incipiente mercado de libros en Buenos Aires.

Algunas de las líneas de este breve recorrido dibujan un promisorio mapa latinoamericano centrado en el mundo del libro, de los lectores y lectoras, de

C. Sancholuz. Del lado del lector..
Estudios 15:29 (enero-junio 2007): 173-185

las figuras autoriales y del público. En este marco quisiera referirme particularmente a dos estudios ya mencionados: *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina* de Susana Zanetti, publicado en el 2002, y *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*, de Juan Poblete, editado en el 2003. Si bien las propuestas de ambos investigadores difieren —en el primer caso se abordan las problemáticas del público lector, en un período amplio (fines del XVIII al siglo XX), con una perspectiva continental, mientras que en el segundo se privilegia un lapso acotado (segunda mitad del siglo XIX) y una coyuntura nacional (Chile)—, coinciden en algunos interesantes ejes a la hora de analizar prácticas concretas de lectura. Ambos investigadores subrayan la sociabilidad cultural de la lectura: cómo se producen, se usan y se leen socialmente determinados textos, o dicho de otra manera, cómo se plantean los lazos entre sociedad y literatura, atendiendo asimismo a las concepciones estéticas de los autores como al diseño de políticas de lectura. Procuran dar cuenta del rol social de la figura de autor, y su intervención en disputas estéticas e ideológicas que incluyen explícitamente a los lectores y lectoras históricos, en tanto desde sus ficciones se trazan modelos de ciudadanía deseados o esperados en determinadas circunstancias o procesos históricos concretos. Destacan los diversos soportes materiales mediante los cuales circula lo impreso (libros, álbumes, almanaques, folletines, diarios íntimos, periódicos, revistas, novelas y epistolarios) y su relación con el público que los consume. Finalmente, ambos críticos son sensibles a las diferencias de género sexual en la construcción de lectorados en determinados contextos históricos.

Hacia un mapa de lectura de la literatura latinoamericana: La dorada garra de la lectura y Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales.

“¿Cómo tejemos nexos entre literatura y público? ¿Cómo se conformaron lectorados y campos de lectura? ¿Cómo pesaron éstos en la producción de los textos?” (11), son algunos de los interrogantes que Susana Zanetti despliega en el prólogo de su fecundo estudio. Las preguntas guían su perspectiva de análisis, organizada a través de dos ejes centrales: las representaciones de la figura del lector —especialmente en distintas novelas latinoamericanas, pero

también en epistolarios y otros documentos de archivo—, y la reconstrucción de prácticas concretas y complejos circuitos de lectura en América Latina, atendiendo además a las fragmentaciones y heterogeneidad del público, en diversos momentos y espacios del continente. Si la ficcionalización del lector permite comprender cómo las producciones literarias modelizan e incluso disciplinan en algunos casos al público, las peculiaridades que pautan los imaginarios y las prácticas del acto de leer se vinculan estrechamente con el acceso concreto al libro, dados el desigual desarrollo del mercado editorial en América Latina y las disímiles tasas de alfabetización registradas en el período abordado, desde fines del siglo XVIII hasta el siglo XX.

El libro se abre con el estudio de *El lazarillo de ciegos caminantes* de Alonso Carrió de la Vandera (Concolorcorvo), como una novela que anuda de manera inseparable la pareja lectura/ escritura con el relato de viaje. Su trama se teje en la conflictiva conformación de una literatura nacional peruana en el siglo XVIII, época regida todavía por el colonialismo español. Esta tensión se manifiesta en las dos voces enunciativas que atraviesan el texto, la del amanuense, de dudosa filiación étnica india o mestiza y la del funcionario de la Corona, español residente en América, el Visitador de Correos. El análisis de Zanetti propone mostrar cómo en los intersticios de estas dos voces rectoras es posible reconocer la conformación de un incipiente lectorado americano moderno, y cómo Carrió de la Vandera se contituye en uno de los primeros letrados coloniales preocupado por esta cuestión. Por otra parte, la autora reconstruye de manera muy precisa la alianza escritura–lectura que muestra el texto, estrechamente asociada al contexto de producción del mismo —finales del XVIII—, a partir de la circulación de nuevas prácticas de lectura que modifican las formas de sociabilidad y abren camino a la constitución de la opinión pública de los sectores criollos, desde las tertulias hasta la emergencia de la prensa americana y la recepción más fluida de la prensa extranjera.

En tal marco, que subraya el proceso histórico de ampliación del lectorado en América Latina, se destacan los tres capítulos siguientes, centrados ya en el siglo XIX y muy especialmente en el contexto chileno, en los cuales Zanetti aborda la representación de la lectora romántica a la luz del crecimiento concreto del público femenino, el marcado desarrollo del género novela a partir de los procesos de conformación de literaturas nacionales y recepción de modelos extranjeros, la representación del acto de leer y la formación de modelos

de ciudadanía, las relaciones entre la política y la ficción. El epistolario de la chilena Carmen Arriagada, concentrado en un destinatario único —el pintor Mauricio Rugendas— a lo largo de más de quince años (1835-1851), no solo devela una historia amorosa peculiar, sino que, entreverados en los trazos de las cartas, Zanetti indaga la constitución de la subjetividad femenina a través de las imágenes de la *lectora romántica*, la *lectora ávida* y la *lectora ilustrada y moderna* que emanan de ellas. Asimismo, el intercambio y comentario de libros entre Carmen y Rugendas coincide con el debilitamiento de la hegemonía cultural de la oligarquía en Chile, paralelo a la ampliación de la lectura en las clases medias, proceso que la autora destaca como “un primer momento de la revolución del lectorado en las nuevas repúblicas” (73). La pasión por la lectura de Carmen se analiza a la luz de otros importantes ejemplos que diseñan durante el siglo XIX no solo el crecimiento de un lectorado femenino sino también el mayor acceso de la mujer a la escritura, como se observa en las memorias de Martina Barros de Orrego, donde se apuntan datos sobre las élites ilustradas y las diferencias institucionales en la educación según el género, ausentes en las cartas de Carmen.

Las reflexiones de Alberto Blest Gana sobre las funciones sociales de la novela nacional chilena disparan una indagación más amplia sobre el proceso de concreción del género en América Latina, en cuanto “las novelas iban articulando tipologías, inducían lógicas de lectura, diseñaban lectores ideales, alentaban la lectura placentera o afinaban los resortes del didactismo en procura de dirigir las conductas públicas y privadas” (108). En tal sentido, obras emblemáticas de Blest Gana como su discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile y su novela más reconocida, *Martín Rivas*, permiten a Zanetti estudiar las llamadas “ficcionalizaciones republicanas”, donde aparecen la preocupación del Estado en la educación del ciudadano y del escritor en el proceso de creación de una literatura nacional. Asimismo la trayectoria del autor chileno, sensiblemente vinculado al periodismo, muestra un proceso intenso y temprano de profesionalización del escritor en América Latina, a la vez que vuelve visible el rápido desarrollo de la prensa en Chile y por tanto la existencia de un lectorado que la ha incorporado a sus hábitos.

Por su parte, Juan Poblete, en *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*, se detiene particularmente en “lo que podríamos

llamar la experiencia de lo nacional que la literatura o, para ser más precisos, su producción, circulación y consumo, hacen posible en el Chile de la segunda mitad del siglo XIX” (11). Dicha experiencia, según destaca el autor, se manifiesta de manera paralela a una incipiente revolución lectora que se desarrolló en los principales centros urbanos del país, Santiago y Valparaíso, coincidiendo con los planteos de Zanetti, sobre todo en lo relativo a la ampliación del público y en el abordaje de la obra de Blest Gana como un caso canónico en la conformación de una novela nacional en Chile. Poblete, dada la concentración de su estudio en la experiencia chilena, reconstruye de manera minuciosa el particular contexto cultural del siglo XIX, atravesado por tres sectores/ actores sociales de gran incidencia: el Estado, la Iglesia y los diversos públicos ciudadanos. Los primeros, enfrentados, habrían elaborado diferentes políticas culturales destinadas al público ciudadano que buscaban conquistar, en un proceso de interacción en el cual la Iglesia y el Estado actuaron como “macroagentes de la conformación de una literatura y culturas nacionales y los discursos que ellos elaboraron en la constitución de públicos nacionales” (13). El autor insiste, con acierto, en subrayar la manifiesta heterogeneidad del público de aquella etapa, valorando y rescatando formas y prácticas plurales. De allí que no solo analice figuras autoriales particulares —Alberto Blest Gana, Rosario Orrego de Uribe, Carlos Segundo Lathrop—, sino también los nuevos formatos y géneros que los públicos emergentes de la clase media, de las mujeres y de los artesanos demandaban y hacían posibles. Esto se observa en el capítulo III a través del estudio de almanaques y su especial vinculación con un lectorado femenino, diversas revistas cuya irradiación cultural se asocia a la modernidad urbana, y diarios nacionales, en los cuales el desarrollo de la crónica se lee como clave narrativa de mediación entre diferentes tipos de lectores.

Poblete propone revisar el discurso y la práctica novelesca de Blest Gana a la luz de la interacción entre prácticas autoriales y lectoras, esto es, analizando de qué modo el novelista chileno procura desestigmatizar socialmente a la novela como género “ocioso” o moralmente dudoso, a través de su nacionalización productiva (racionalización de la lectura), en un proceso que fue posible en gran parte como resultado de la demanda lectora. El ensayista destaca cómo a determinadas prácticas y hábitos concretos de lectura se les asigna un género sexual. Así, la lectura de novelas y folletines “por placer” resulta feme-

nina, mientras que la lectura de textos clásicos se percibe masculina, en tanto supone una actividad “productiva”. La novela nacional que propone Blest Gana se constituye como una intermediación entre estos dos polos opuestos:

Blest Gana captó tempranamente que, si uno de los problemas de la formación nacional era cómo conquistar el corazón del ciudadano, era preciso entender primero que los había de dos géneros y que la práctica y los hábitos concretos de lectura de estos sectores de hombres y mujeres chilenos, requerían a su vez, un cambio de género, ahora literario. Para ganar la batalla sobre los corazones nacionales había que crear un nuevo género transaccional: la novela de costumbres nacionales (82).

Martín Rivas es el ejemplo más elocuente del empeño de crear una novela nacional por parte de Blest Gana y Poblete la lee como modelo de una sociabilidad ciudadana decimonónica. Por un lado, detalla cómo la novela provee una lectura de la sociedad como texto, donde los nuevos sectores sociales recortan su visibilidad en torno a espacios básicos de representación privados —tertulias, salones de la alta burguesía y el picholeo o las fiestas del medio pelo—, y espacios públicos —los paseos por la Alameda y las fiestas de celebración de la Independencia. Por el otro, analiza los espacios simbólicos ligados a la lectura que figuran en el texto. En unos y otros, por la vía de su representación mimética, la novela propicia “una forma nacional para aprender, adquirir, inculcar y transformar las costumbres nacionales” (84).

El fenómeno de ampliación del público que incorpora a la dinámica cultural nacional a mujeres, artesanos y trabajadores urbanos se estudia a la luz de dos ejemplos concretos: Rosario Orrego y Carlos Segundo Lathrop. En el primer caso Poblete reconstruye el contexto social, cultural y educativo de la mujer chilena de la segunda mitad del siglo XIX, señalando cómo la lectura de nuevos tipos de publicaciones afectaba de manera directa a sectores sometidos a un fuerte control patriarcal, tanto por parte de los sectores conservadores, especialmente la Iglesia, como de los sectores liberales. Poblete procura releer la obra de Rosario Orrego, novelista, poeta, fundadora y redactora de la *Revista de Valparaíso*, como un discurso “que es también nacional, pero lo es fundamentalmente en tanto se ocupa, desde el ángulo de la mediación doméstica, de los roles nuevos y viejos, de las mujeres en la sociedad chilena” (163).

Si el caso de Orrego permite observar las mediaciones entre producción literaria y realidad nacional a través del prisma de lo doméstico y la discusión sobre la educación de las mujeres, la obra de Carlos S. Lathrop se recorta sobre el contexto de otra batalla simbólica que tuvo como centro la necesidad o inconveniencia de educar al pueblo. En este debate los principales actores también son el poder pastoral de la Iglesia y el Estado, mediante la educación religiosa en el primer caso y a través de la educación laica en el segundo, aunque, como muy bien destaca el ensayista, no como esferas separadas sino mutuamente relacionadas, en cuanto ambas coinciden en la conformación de una moral ciudadana nacional. Los textos de Lathrop —novelas, piezas teatrales, una obra híbrida como *Las santiaguinas*, subtitulada “Estudio social”— pueden analizarse como un proyecto alternativo de literatura nacional, “a medio camino entre la sensibilidad de la crónica periodística, la novela de costumbres y el teatro clásico español para el mayor goce e iluminación de un público popular protomasivo” (208).

Desde otra perspectiva, Zanetti también indaga los vínculos entre producción literaria y público popular, a partir del estudio de una de las novelas de mayor circulación en el ámbito latinoamericano a lo largo del siglo XIX, *María*, del colombiano Jorge Isaacs, texto donde la representación de la lectura pesa en las significaciones fundamentales de la novela y da cuenta de una moderna sensibilidad compartida entre autor y lectorado, construida sobre los lazos entre llanto, enfermedad y acto de leer. Resulta especialmente atractivo el capítulo sexto donde se vuelve sobre *María*, esta vez, para acercarnos los diversos modos en que la novela fue leída y canonizada, no solo a lo largo del siglo XIX sino también en el siglo XX. Zanetti propone un “itinerario de lecturas” de *María* que complejiza su recepción en tanto cobran peso nociones como continuidad, tradición, memoria, que subrayan el carácter simbólico y social de la literatura. Mediante los conceptos teorizados por Jean Marie Goulemont, indaga el trabajo colectivo que implica la historia de sus lecturas, como historia cultural pero también como historia mítica. Por un lado la novela se lee como modelo de conducta femenina en América Latina, pero por otro se la piensa dentro de un proceso de búsqueda de autonomía literaria. La novela aparece citada, leída, homenajeadada o rechazada en autores diversos que van desde José Martí y Rubén Darío, pasando por José Vasconcelos y Manuel Gálvez, hasta Rosario Ferré y Manuel Puig, subrayando la complejidad

que entrañan los procesos de consagración e ingreso al canon de determinadas obras literarias. Por otra parte, la proyección más allá de los límites del siglo XIX de la lectura de *María* funciona como un pasaje hacia los capítulos finales del estudio, centrados en importantes textos y autores del siglo XX.

Zanetti revisa la novela *El triste fin de Policarpo Quaresma* de Alfonso Enriquez de Lima Barreto, donde la lectura se reviste de tragedia a través de la representación crítica, irónica, por momentos de enorme corrosión satírica, de los procesos de modernización de Brasil. La “fe en la letra” se derrumba y la lectura errónea entraña los riesgos de la locura y el delito. El tema de la traición ligado a la lectura le permite trazar un acertado y original vínculo entre la novela de Lima Barreto y *El juguete rabioso* de Roberto Arlt, en tanto los libros pueden devenir objetos de la malversación. A su vez, en el mismo capítulo, la autora señala el crecimiento de instituciones que protegen de los “peligros de la lectura errónea”, la construcción de opulentos edificios destinados a bibliotecas nacionales en diversas ciudades de América Latina, en la época en que se celebran los centenarios independentistas en varias naciones latinoamericanas: “La biblioteca se prodiga como un templo del saber moderno, pues al mismo tiempo que contempla los gustos e intereses del lector, es decir, respeta su libertad, facilita su ejercicio al brindarle el libro gratuitamente —cumpliendo la premisa de la igualdad de oportunidades— y según un archivo cuya selección valida caminos correctos de lectura” (266). Paralelamente, algunos periódicos, como por ejemplo *La Nación* de Buenos Aires, aprovechan la coyuntura favorable a la lectura y promueven el lanzamiento de su Biblioteca, donde la biblioteca personal de su fundador Bartolomé Mitre se convierte en la del diario.

La propuesta de análisis de la novela *Ifigenia. Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*, de la venezolana Teresa de la Parra, se centra en los estragos de la educación femenina en los estrechos límites de las concepciones patriarcales. Zanetti trabaja la novela atendiendo muy significativamente a los retos que propone la autora Teresa de la Parra, en tanto desafía el designio patriarcal de matrimonio y reproducción impuesto a la mujer, como así también los estereotipos femeninos que poblaban las ficciones de la época. *Ifigenia*, a través de su protagonista María Eugenia, trabaja las escenas de lectura subrayando los lazos profundos entre cuerpo, sensualidad y lectura, tramando además vínculos entre la alta literatura y géneros menores como el diario y las

cartas. La interpretación de Zanetti destaca cómo la contaminación de lecturas y diversos géneros literarios le posibilita a la autora deslizar su crítica sobre los problemas de género sexual y abrir nuevos horizontes, no solo en la narrativa venezolana sino latinoamericana, especialmente en lo atinente a su autoconfiguración como “Autora” (334). Si en *El siglo de las luces* de Alejo Carpentier la “lección de lectura” se anuda a los modos de develar los sentidos de la historia de América desde el ámbito caribeño, el peso de lo histórico aumenta mediante el papel fundamental que adquiere la memoria en la compleja trama de la novela *Morirás lejos* del mexicano José Emilio Pacheco, abordada por Zanetti como un texto que lleva al primer plano el rol del lector, la lectura y la relectura como modos que otorgan o restituyen el poder al relato. Finalmente el estudio se cierra con la novela *Sólo los elefantes encuentran mandrágora* de la uruguaya Armonía Somers “como una intensa puesta en escena de la alquimia de la ficción y de la creación literaria, así como de las potencialidades de la lectura” (433). El texto se lee como una fusión inescindible entre las operaciones de la lectura y la escritura. Si en el análisis de *María* de Isaacs se nos había presentado el retrato de la lectora enferma, en *Sólo los elefantes encuentran mandrágora* el tópico se exagera, a través de las tortuosas experiencias médicas a las cuales se ve sometida la protagonista, que sufre una rara enfermedad. La lectura se despliega con intensa avidez y goce, y la escritura sólo es posible porque se lee, se escucha leer y se relee. El acto de leer constituye una suerte de salvación, posee en este sentido poderes liberadores, pero también, paradójicamente “contamina”, enferma. El análisis despliega entonces los vínculos entre cuerpo, lectura y escritura, y destaca, entre las múltiples prácticas de la lectura que recorre *La dorada garra de la lectura*, la identificatoria.

De alguna manera, el ensayo de Zanetti privilegia a partir del capítulo octavo, en lo que podemos describir como una segunda parte del libro, distintas ficcionalizaciones de la lectura en importantes novelas latinoamericanas del siglo XX, donde aparecen tópicos tales como *la lectura desviada*, *la lectura censurada*, *la lectura perdida*, *la sacralización del libro*, *la lectura como entretenimiento*, para dar cuenta del modo en que inciden simbólicamente en las prácticas y procesos creadores de autores concretos. Juan Poblete también extiende su estudio al siglo XX, pero desde otra perspectiva, abordando el problema de la construcción y emergencia de una disciplina, el “Castellano” en la modernización del aparato escolar chileno.

Poblete analiza históricamente el Latín en primer lugar (siglo XIX) y el Castellano luego (siglo XX), dentro de un marco global de la formación de la experiencia de lo nacional cultural en Chile, donde, nuevamente, dos instituciones tienen enorme peso: la Iglesia y el Estado. Valiéndose de conceptos trabajados por Michel Foucault en *Tecnologías del yo*, el autor explica: “En tanto son parte de la gubernamentalidad que organiza y permite la consolidación del Estado en Chile, el Latín primero y luego el Castellano pueden y, tal vez, deben ser vistos como tecnologías activas en la formación de subjetividades en el espacio social chileno de los siglos diecinueve y veinte” (210). La rigurosa reconstrucción del debate político, científico y cultural en el pasaje histórico de la crisis del Latín en el currículum escolar a la enseñanza del Castellano como vehículo expresivo de la cultura nacional, constituye uno de los importantes aportes de Poblete en el capítulo con el cual cierra su exhaustivo ensayo.

La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina de Susana Zanetti y *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales* de Juan Poblete trazan huellas visibles en un nuevo mapa de la literatura latinoamericana, atento a la emergencia de formas narrativas canónicas como la novela y a los procesos de constitución de literaturas nacionales, pero colocando el acento en el particular peso que adquieren los diversos lectorados y públicos cuyas demandas hacen posible la existencia misma de las complejas y heterogéneas prácticas literarias. Ambos privilegian pensar la literatura como una práctica simbólica y social, y subrayan por lo tanto sus vínculos con contextos históricos específicos, con lectoras y lectores históricos concretos, con diversos formatos textuales (periódicos, archivos, álbumes, folletines, etcétera), potenciando una aguda mirada crítica *del lado del lector*.

Notas

¹ Véase a modo de ejemplo la siguiente afirmación de Catelli: “No es casual que la historia del libro, como disciplina, haya surgido de manera paralela a la conciencia de la posible extinción física de ese objeto” (2001: 20).

² Nombramos apenas algunos títulos sobresalientes como la *Historia de la lectura en el mundo occidental* (1997), bajo la dirección de Guglielmo Cavallo y Roger Chartier; *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (1993), *El orden de los libros. Lectores,*

autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII (1994), *Sociedad y escritura en la edad moderna* (1995) de Roger Chartier; *La lectura de un siglo a otro* (2002) de Anne-Marie Chartier y Jean Hébrard; *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa* (1987), *The Ethnography of Reading* (1993) de Robert Darnton; *L'Invention du Quotidien* (1980) de Michel de Certeau; *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI* (1976) de Carlo Ginzburg; *Scrivere e no. Politiche della scrittura e analfabetismo nel mondo d'oggi* (1987) de Armando Petrucci.

Bibliografía

- Catelli, Nora (2001) *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna*. Barcelona: Anagrama.
- Schapochnik, Nelson (2005) "Cultura letrada: objetos e prácticas. Uma introdução". En Márcia Abreu y N. Schapchnik (orgs.), *Cultura letrada no Brasil*. San Pablo: FAPESP.